



Dallapiccola: San Pablo y Ulises.

Música

Donde las palabras no mueren, coexisten

"El compositor es como un marido engañado: todos hablan de lo que él ignora", proclamó ante PRIMERA PLANA, la semana pasada, el músico italiano Luigi Dallapiccola, en su suite del hotel Claridge, poco antes de comenzar los cursos para los cuales lo ha invitado el Instituto Di Tella. Con un nervioso staccato de su dedo índice desgranó la ceniza de su cigarrillo suizo (el último que le quedaba), y prosiguió: "Apenas llegué, una cantidad de gente me mostró programas de conciertos, algunos ya amarillos, en los que figuraban obras mías ejecutadas en Buenos Aires sin que yo lo supiera." Y mientras aceptaba, con distraída aquiescencia algunos elogios, su menuda figura vibraba con una inquietud que lo recorre en todo momento, como si siempre estuviera a punto de salir disparado por la puerta, o hasta por la ventana, si fuera preciso.

Es que pocos hombres administran su tiempo con más sabia obstinación que este oriundo del Veneto (nació en Istria, cuando aún la dominaban los austriacos), a quien sus sesenta años y el contacto con la ciudad de Florencia, en la que se educó y donde reside, han burilado con precisa distinción. El público del Colón conoció hace un mes y medio su última obra lírica: la sacra representación en un acto, Job (ver PRIMERA PLANA, número 94). Ahora, mientras Dallapiccola enciende y tolera educadamente un cigarrillo negro argentino, anuncia que trabaja en una nueva ópera, Ulises ("el de la Odissea, no el de James Joyce", precisa con malicia). Será una ópera "comme il faut", es decir, en varios actos, y que llene la extensión normal de un programa; hasta ahora, sus contribuciones a la lírica no excedían de un acto (*Il prigioniero*, *Volo notturno*).

Las interpolaciones en francés son usuales en su conversación cordial. Se lo advierte familiarizado con ese idioma, y él advierte que posee un especial "don de lenguas". "Amo el latín y lo leo, aunque no lo hablo." Su padre era un humanista, profesor de latín, e indujo a Luigi, desde niño, a hurgar en sus secretos. De ahí también le viene, quizá, su formidable apetito literario, aunque confiesa no disponer de ocios suficientes para lecturas prolongadas. "Por eso selecciono mis libros; viajo siempre con Dante y la Biblia."

Todo esto contribuye a que la afición de Dallapiccola por el teatro lírico y la canción aparezca más que justificada. Tampoco debe extrañar que su paso por Buenos Aires sea jalonado por ocho clases, para los becarios del Instituto Di Tella, sobre el tema *Palabra y música*. Consciente de su posición como uno de los compositores modernos que más ha escudriñado en el campo de la música vocal, se empeña en asociar la música a los mejores momentos literarios de la humanidad. En marzo, en Washington, se estrenarán sus *Parole di San Pablo*, basadas sobre cinco versículos del capítulo XIII de la Epístola a los Corintios, que Dallapiccola ha escrito para una voz y nueve ejecutantes. "Es un homenaje que le rindo a esa gran mecenas norteamericana que tanto ha hecho por la música de este siglo, y de quien en breve se cum-

plirá el centenario del nacimiento: Mrs. Elizabeth Sprague Coolidge."

El crítico italiano Massimo Mila observó que muchas de las obras de su compatriota giran obsesivamente alrededor del mismo tema: la lucha de un hombre solo contra algo considerablemente más fuerte que él. El compositor aclara: "No son del todo extrañas a algunos de mis trabajos las experiencias de la guerra y sus persecuciones. Sin ellas, mi labor no habría jamás aflorado del limbo del subconsciente." Esta problemática de la libertad del hombre, que Dallapiccola osó encarar musicalmente en pleno apogeo del fascismo, alcanza su exaltación más empujada en los *Canti di Prigionia* (Cantos de la prisión). El maestro, casi totalmente envuelto por la nube de humo que acaba de exhalar, comenta: "Es curioso; los *Canti* se conocieron en Roma el mismo día en que Mussolini declaraba la guerra a los Estados Unidos, el 11 de diciembre de 1941 —la nube de humo se disipa, y Dallapiccola reflexiona—; pero la ceguera de los fascistas les impidió advertir que se trataba de una música de protesta, semejante a la que Schönberg concibió para su *Oda a Napoleón Bonaparte*, y su posterior *Sobreviviente de Varsovia*, o la que Vladimir Vogel compuso para su *Thyl Claes*". Con vehemencia peninsular subraya: "*Thyl Claes* es una obra que hay que conocer a toda costa; yo la encuentro extraordinaria."

Ayer, la Intendencia Municipal de la Ciudad de Buenos Aires rindió homenaje a Dallapiccola con la ejecución (por primera vez en la Argentina en forma integral) de sus *Liriche Grecche*, en el teatro San Martín. Fue una forma más de recordar las afinidades electivas del compositor italiano con la literatura, quizá el halago que él puede apreciar mejor, pues se trata de una recreación de la poesía griega de la antigüedad a través de versos de Safo, Anacreonte y Alceo. Cuando alguien se lo comentaba al finalizar el concierto del San Martín, Dallapiccola estrujó su cara en una sibilina sonrisa etrusca (huella, tal vez, de la adopción florentina) y susurró: "Después de los poetas griegos, nada mejor que los versículos de San Pablo." ♦

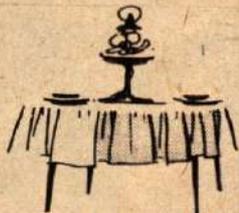


Usted ya sabe que hay en Buenos Aires un restaurant distinto: RELIEVE Un ambiente moderno, jerarquizado, para sus contactos con el medio ejecutivo de Buenos Aires; un acogedor salón de arte anexo; servicio de teléfono sobre su propia mesa y de groom-car para el estacionamiento de su automóvil; una cocina excepcional y el bar elegante para que la espera sea parte de la reunión.

el restaurant distinto

RELIEVE

RESTAURANT
SALON DE TE - CONFITERIA
AV. PTE. ROQUE SAENZ PEÑA 615
1er. PISO - TEL. 45-5583/5690



Pero además, en la tarde, el té que hace más grata la pausa de Florida... y en la noche cena y baile como en los mejores restaurantes europeos ¿Lo esperamos hoy?